TESSA COOPER



UN ERROR PERFECTO

Una cita con el amor...
y un poco de caos navideño.



Un error perfecto

TESSA COOPER

Un relato independiente
de la Serie Errores

© de la obra: Raquel Haro Ruiz
Contacto: tessacooperescritora@gmail.com
www.tessacooperescritora.com

1.ª edición: 2025
Diseño de cubierta: María Latorre
Corrección: Érika Gael
N.º de registro CEDRO: GDgk1Vba-2025-10-27T10:43:40.604

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
Epílogo
Un error con patas

Muchas gracias por escoger la historia de Inés y Leo.

Nota de ruta de Pifia: «**CONSEJO: siga a su corazón**. No entregue anillos al vecino equivocado. O sí».

Y después de *Un error perfecto* llega:

Un error con patas

Ya en preventa **aquí**

A la venta el 15/01/2026

Primeras páginas disponibles al final del relato

¡Empezamos!



1

Diciembre huele a estrés y a canela. Y a cinta adhesiva. Mucha cinta adhesiva.

El suelo de la zona de envíos es un *collage* de tiras plateadas y etiquetas huérfanas que se pegan a las suelas como si quisieran ser adoptadas por el primer zapato con intención de ampliar la familia.

Mariah Carey ha sonado cinco veces seguidas, y empiezo a percibir un *tinnitus* en forma de campanitas. Mi gorro corporativo, verde fluorescente coronado por un pompón, ha decidido vivir torcido, y me enciendo por dentro como un semáforo cada vez que la impresora de etiquetas escupe quince copias del mismo código. El algoritmo de la aplicación que usamos es pasivo-agresivo, ya verás por qué. Y yo, según Óscar, el compi que llama a todos «reina», sin discriminar géneros, «una poetisa de la mensajería». Vete tú a saber qué significará eso.

—Inés, ¿tienes las etiquetas del lote doce? —grita desde el fondo, donde el aire huele a cartón mojado y café rancio.

—¡No! Tampoco las he visto.

Hace tres días que sustituyo a mi prima, una especie de heroína moderna que decidió coger vacaciones en diciembre. En una empresa de mensajería, ojito. Desde entonces discuto con el sistema de gestión «inteligente», que me habla en un dialecto repleto de sarcasmo y pullas. El muy travieso se encarga de recalcular las rutas y disfruta enviándome de un extremo a otro del pueblo sin sentido aparente. Le he puesto nombre: Pifia. Nos llevamos regulín.

En la pantalla parpadean direcciones y códigos como luces navideñas con taquicardia. Entre un J. Ramírez y una M. Reyes, aparece una observación que me tensa: «No dejar en otras manos. Es importante». La calle queda a dos manzanas de mi casa. El destinatario: L. Ramos.

Me muerdo el labio, pensativa. No. Ni idea de quién es.

Mi prima fue clara: «Aquí, si dudas, la lías. Cada paquete tiene su historia. No falles». Lo dijo con una sonrisa de oreja a oreja. No me hizo gracia; demasiada presión.

Salgo con la primera remesa. El aire es de ese frío vívido que te despeja la cabeza, o hace que te cuestiones si la tienes hueca. Las luces cuelgan en zigzag, los niños señalan escaparates con dedos insistentes, una pareja discute si la funda brillante suma o resta. El brillibrilli siempre suma, amigo.

A la altura de El Rincón Gatuno, Pepi me intercepta:

—Inés, prueba estas galletas de canela, están de muerte. Y un vasito de anís, que con estas temperaturas te calentará el cuerpo.

—El cuerpo, puede, pero me dejaría sin capacidad lectora ni equilibrio. Necesito ambas, Pepi. Eso sí, la galleta me la quedo. ¡Gracias, hermosa!

Llego con decisión a mi primera entrega de la jornada: una adolescente recibe el paquete y finge sorpresa, aunque esté haciendo una videollamada con el novio, que le ha soplado el contenido; yo aplaudo por dentro su talento dramático. Más tarde, un señor me regala una bronca porque su «exprés» tardó «veinte minutos más de lo previsto». Yo sonrío y apunto mentalmente: «La paciencia es lo tuyo, Inés. Tranquila».

Hora y media más tarde, llego a la dirección de L. Ramos. Me detengo ante la puerta del edificio cuando un cosquilleo intenso, breve y un tanto molesto anida en mi estómago. Menuda sensación raruna. Veamos: portal antiguo, buzones metálicos con múltiples abolladuras, una guirnalda torcida que parece una sonrisa diabólica (por aquello de roja y deshilachada). A ver qué me depara el destino. El paquete es pequeño: va envuelto con cinta roja, una pegatina dorada y una nota que reza:

«Para ti, con amor».

Lo sostengo como si fuera un animalito que respira trabajosamente.

Llamo al portero automático. Una voz masculina, un tanto impaciente, contesta:

—¿Quién es?

—Mensajería Exprés. Tengo una entrega para usted.

Silencio. Después, un zumbido y un clic. Entro.

En el ascensor, me recibe el cartelito que cualquier mensajera espera ver para alegrarle el día:

En reparación.

Disculpen las molestias.

El presidente de la comunidad

Subo los cuatro pisos con el bulto bajo el brazo e intento no resbalar en los escalones recién fregados. Al llegar arriba, toco el timbre. Espero.

Nada.

Vuelvo a llamar.

La vecina de enfrente sale al pasillo, claramente interesada en la situación.

—¿Buscas a Leo?

—Eh…, sí. Tengo una entrega para él.

—Está dentro. Habrá subido a la azotea a hacer fotos, imagino, o a alimentar a los gatos. Si no contesta, déjalo sobre el felpudo. No muerde.

Comentario típico de alguien que no se las ve a diario con perros enfadados o con felpudos que se tragan envíos. Miro el reloj:

voy justa de tiempo.

—Muchacha, déjalo ahí, que Leo enseguida regresa. Yo te firmo la recepción.

Deposito el paquete con cuidado y, tras conseguir la firma de la señora, saco una foto para el registro. Ahí debería acabar mi tarea: entrega completada. Pero el sistema no me permite marcarla como «cerrada».

Ya lo he comentado antes: la paciencia es lo mío, así que priorizo. Bajo los peldaños de dos en dos porque, desde que empecé en este trabajo, mi mayor temor es que me roben el carrito. Óscar dice que es improbable; yo, que improbable no significa imposible. Como asegura mi abuela: no compres billetes si no quieres que te toque el gordo. Mejor regreso junto a mi fiel escudero y después reviso por qué Pifia está juguetón.

En la calle, intento finalizar la entrega. ¡Pero ¿cómo?! En la pantalla aparece un mensaje nuevo:

«**Error de correspondencia detectado**.

Llame a su sucursal».

Me río por no llorar.

Actualizo.

Ahora el destinatario cambia. La leche, menuda tarde.

El paquete que he dejado arriba, el de la pegatina dorada, pertenece a otro lugar. Lejano. Casi en el extremo opuesto del pueblo. Y a otra persona, una mujer. Maldito Pifia. Mi estómago da una voltereta olímpica. Me acuerdo de la petición de mi prima: «No falles».

No necesito llamar a Óscar, ya que Pifia vuelve a manifestarse:

«**Se ha detectado una entrega intercambiada**.

Revise la trazabilidad de los envíos».

¡Ostras! Necesito recuperar el paquete antes de que Leo Ramos lo abra. Ya llamaré a mi jefe cuando el envío esté de nuevo bajo mi custodia.



2

—¡Disculpe, no cierre! ¡Soy del servicio de mensajería! —Me cuelo de nuevo en el bloque.

La guirnalda me saluda con la misma sonrisa chunga, y el ascensor, fiel a sí mismo, sigue muerto. ¿Qué esperabas, bendita? Han pasado unos minutos.

Vuelvo a subir los cuatro pisos, recitando un mantra que acabo de inventar: inspirar, espirar, prohibido llorar en escalera ajena.

En el segundo rellano, una señora asoma la cabeza.

—¿Otra vez tú? —Lo dice sin maldad, con curiosidad de portera aburrida.

—Mensajería. —Muestro el móvil como si fuera una placa.

—Ya... Todas dicen lo mismo.

Paciencia, Inés, paciencia, que es lo tuyo.

Llego al cuarto. Llamo a la puerta.

Nada.

Toco otra vez.

Silencio.

Insisto mientras redacto una nota mental para cuando aparezca el tal Leo: «Hola, soy la mensajera. Creo que me equivoqué de dirección, pero, por favor, no presente una queja. En cuanto solucione lo de esta entrega, buscaré su paquete. Gracias».

La puerta se abre con un chasquido cansado. El chico que se halla detrás, vestido con una camiseta gris salpicada de pintura seca, un gorro negro y unas ojeras que delatan que debería dormir más, me mira con extrañeza. Una cámara le cuelga del cuello, como una mascota que sabe quién es su dueño.

—¿Y tú eres…?

—La mensajera que la ha liado. —Trago saliva—. Ha habido un fallo técnico. El paquete que dejé en el felpudo… no era para usted.

—Lo imaginé cuando lo abrí.

—¡¿Lo abrió?!

Inés, ni tres días has tardado en liarla.

El universo conspira en mi contra, debería asumirlo.

—Pone «Para ti, con amor». Claro que lo abrí. Un poco más y muero: dentro hay un anillo. ¿Debo casarme contigo?

Intento no entrar en pánico.

—Le juro que tengo cero interés en usted. Estoy aquí por trabajo. Necesito recuperar el paquete.

—¿Y si me niego? —Esboza una sonrisa divertida, como si quisiera ponerme a prueba.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque no todos los días te dejan una propuesta de matrimonio en la puerta. Es lo más interesante que me ha pasado en meses.

La frase me pilla con el abrigo a medio quitar; menudo sofoco llevo. Miro al techo, las esquinas, a Pifia. Ni una sola cámara que indique que esto se trata de una broma. ¿En serio no me lo va a devolver? Me llevo una mano al pecho: mi corazón galopa. Mal rollito.

—Tranquilízate, no te vaya a dar un pasmo. Te propongo un trato: me cuentas quién es el verdadero destinatario y te devuelvo el

anillo. Me gusta rellenar huecos.

—Imposible. No puedo revelar datos de clientes. —Norma que me sé mejor que el padrenuestro.

—Entonces negociemos. Tengo café. —Se aparta un paso. Detrás, diviso un pasillo con fotos, una luz cálida y el caos ordenado de alguien que trabaja con las manos.

El pasillo huele a pintura. El piso, a café recién hecho. Las reglas de la empresa centellean en tonos rojos en mi cabeza, pero mis pies van por libre y se adelantan hasta el umbral. Me ajusto el chaleco reflectante en calidad de salvoconducto.

—Solo un minuto —digo, para que vea que no las tengo todas conmigo.

Me invita a pasar con un gesto breve, casi tímido. Pifia vibra en mi bolsillo con una nueva notificación:

«Riesgo de no conformidad».

Activo el modo avión.



3

La taza me calienta las manos como si fuera una batería externa. La cocina es pequeña y tiene una ventana que da a un patio interior, con cuerdas de tender y un par de plantas que piden auxilio. Sobre la encimera, dos tarros: el del café prometido y el de canela.

—Soy Leo —dice mientras rebusca cucharillas en un cajón que debe de haber visto pasar varias vidas.

—Inés. —El pompón del gorro me molesta, así que me lo quito para guardarlo en el bolsillo del chaleco.

—No suelo abrir paquetes ajenos. Pero este venía con reclamo y caí.

—Yo tampoco me habría resistido.

Soplo. Damos el primer sorbo a la vez. A mí me tiembla un poco la mano; a él, la comisura de los labios. El silencio que se instala es amable, de esos que te arropan.

—Sígueme, vamos al salón.

La estancia es amplia, con un gran ventanal que da a una terraza y a unas escaleras que deben de conducir a alguna zona común. A mi alrededor hay un mueble para la tele, el sofá, una mesa con seis sillas y media docena de cuerdas, con pinzas y fotos, que cuelgan de las paredes: retratos a contraluz, manos que sostienen tazas, calles mojadas que, supongo, huelen a lluvia. Algunos de los encuadres están torcidos de manera deliberada, el tipo de imperfección que te obliga a mirar dos veces, que convierte las imágenes en bellas. Es curioso, en ninguna se ven rostros. ¿Habrá un motivo?

—Así que, fotógrafo. —Toco el borde de un marco como quien acaricia la orilla de un plato—. Me gusta cómo dejas respirar los márgenes.

—Lo soy a ratos. —Sonríe sin prisa—. Ahora mismo soy un adulto responsable que abrió un paquete ajeno.

—Y que no quiere devolverlo.

—No he dicho exactamente eso. —Me mira, como si enfocar fuera un gesto también humano—. Solo me intriga el destino del anillo. Las piezas pequeñas suelen venir acompañadas de historias. Y me pirran.

—En diciembre gustan el doble.

Leo se sienta en el reposabrazos del sofá; yo, en el extremo contrario. Entre ambos, la mesa baja, con carretes en botes de cristal, una libreta con listas en columna: citas, marcos, pilas, pan, y una caja metálica con canicas. Su cámara descansa sobre la madera, aunque la correa roza su pierna como si no quisiera despegarse de él.

—¿Y tú? ¿Mensajera por convicción o por temporada?

—Interina por favor familiar. —Le cuento lo de mi prima y su jugada maestra de descansar en diciembre—. En realidad, soy diseñadora. Etiquetas, carteles, cubiertas, maquetas de novelas que aún no existen para los lectores…

—Mis favoritas. —Se inclina hacia mí—. ¿Me enseñas alguna?

Le tiendo el móvil. Desliza el dedo por la pantalla con cuidado, como si hiciera pasar negativos ante la luz. Se detiene en una etiqueta.

—«Error Perfecto». ¿Es para un café o es un lema de vida?

—Ambas cosas. —Sonrío—. Me persigue la idea de que lo que sale regular a veces encaja mejor. Como cuando una foto no está

milimétricamente encuadrada y, de repente, es justo ahí donde te engancha.

—Eso explica por qué estás en mi salón. —Ríe bajo—. Y por qué ese anillo decidió equivocarse de puerta.

Le cuento lo poco que puedo acerca del sistema de gestión interna, omitiendo nombres. Se carcajea cuando confieso el que le he puesto al programa: Pifia.

—¿De verdad lo bautizaste?

—Claro. Me felicita con frases motivadoras y me amenaza con sanciones si prevé que voy a cometer alguna infracción. Es un *coach* con mucha determinación.

—Yo tengo un crítico interno parecido. Me aplaude cuando realizo fotos «bonitas» y me suspende si me salgo de lo correcto.

—¿Y le obedeces?

—Cada vez menos. —Sus dedos tocan la esquina de una copia en papel—. Empecé en una agencia: muchos focos, poco aire. Un día dejé de ver. Y cuando no ves, las fotos salen tan correctas que se vuelven invisibles.

Permanecemos unos segundos en silencio. Escucho los sonidos del rellano: una puerta, un televisor distante, el ladrido de un perro. Una situación cómoda que me envuelve en un suspiro.

—Volvamos al anillo. Debe regresar a mí para llegar a su verdadero destino.

—O quedarse con ambos. —Se pone en pie; la cámara hace un leve clac sobre la mesa—. Si no puedes darme el nombre, al menos concédeme una pista. ¿En qué barrio? ¿Destinataria o destinatario? Cualquier cosa que no active las alarmas de tu *coach*.

Lo observo. Parece un buen tío; aburrido, quizá, pero majo. Si me acompaña a hacer la entrega, no quebranto ninguna norma de la buena mensajera, ¿verdad? Repaso el padrenuestro de pe a pa. Mmm… Nada. Además, el carro lleva abajo una eternidad. Entre que me lo roben por dejarlo desatendido mientras gasto saliva y energía con Leo, y que Leo sea mi sombra…

—Pifia indica: «Marina Ortega. Joyas artesanales». Y añade: «No dejar en portería» en negrita. —Señalo el paquete, colocado en la mesa.

—Perfecto. ¿Vamos? —Cuánta ilusión, se nota que él no entrega paquetes a diario.

—Miniodisea aprobada.

—Dame un segundo.

Leo desaparece por el pasillo, y yo aprovecho para echarle un nuevo vistazo a la estancia. Entre los cojines del sofá, vislumbro una bufanda rosa y con flecos lilas; sobre la mesa, un vaso manchado de carmín. ¿Vivirá con alguien? No se escucha a nadie más.

Leo regresa con un abrigo que se me antoja demasiado fino para diciembre.

—El frío se vence al caminar —dice, adelantándose a la observación que tengo en la punta de la lengua.

—Y con café. —Le devuelvo mi taza; sus dedos rozan los míos lo justo para que el cosquilleo intenso, breve y un pelín molesto se manifieste en mi estómago.

En el espejo del pasillo nos veo juntos por primera vez: yo, sin gorro, con el pelo en rebeldía; él, con la cámara al cuello y más luz en la mirada que cuando abrió la puerta.

Bajo el chaleco, mi corazón hace clic como un obturador.



4

La ciudad parece un decorado alquilado por horas, de esos que verías en cualquier película navideña de alto presupuesto. Es lo que tienen estas fechas: el cielo brilla más, los escaparates brillan más, hasta los rostros de los vecinos brillan más.

Nuestros pasos están sincronizados, como si nuestras pisadas estuviesen guiadas por unas marcas de tiza que solo vemos Leo y yo. El aire congela las puntas de mis dedos, aunque, más que molestar, despierta. Un vendedor sopla pompas de jabón; un niño intenta cazarlas con unos guantes que imitan las garras de un lobo, superdivertidos. Dos turistas preguntan por «la calle de las luces que aparecen en Instagram», y yo les señalo hacia arriba.

—Tras las fiestas, ¿seguirás en la empresa de mensajería?

—No. Me gustaría dedicarme a lo mío a jornada completa, a pesar de que será difícil. Soy diseñadora con un portafolio bonito que no paga el alquiler, pero chica para todo que sí lo paga.

—Honestidad brutal. Me gusta.

—Tú tampoco pareces retocarla. La honestidad.

—¿Insinúas que no necesito maquillaje? Gracias.

Llegamos a un semáforo eterno y le cuento mi fetiche con las tazas con frases. Él me confiesa su vicio: rescatar postales antiguas en mercadillos, sobre todo las que nunca se enviaron, para hacerles hueco en alguna pared de su piso.

—Gente anónima —comenta.

—Y sus historias.

Asiente con la cabeza.

En la esquina, un músico tímido toca un saxofón. Una señora le deja una moneda y un cucurucho de churros; se me hace la boca agua.

—Cuando cumplamos nuestra misión, ¿te invito a unas porras? —propone Leo.

Lo miro. Me observa con cara de empanado, como si yo fuese una especie de regalo caído del cielo. Lo dicho: este muchacho debe de sufrir de aburrimiento hasta unos niveles estratosféricos.

Mientras esperamos a que el semáforo se ponga en verde, Leo saca el móvil y me enseña una serie de fotografías: un guante

sin pareja, llaves con pompón, un calcetín verde entre un parterre del parque.

—Inmortalizas la vida de otros.

—Me distrae.

—¿De ti?

—De todo.

No me atrevo a preguntar, resultaría demasiado íntimo. Cruzamos la calle, recorremos unos metros y Leo se detiene en un puesto ambulante.

—Elena, dos roscos, por favor. ¿Qué tal los niños? ¿Y Esteban?

—Los gemelos, de vacaciones y dando guerra. Esteban, atacado, como siempre en estas fechas. La ilusión de los críos le mina el alma.

Elena le entrega una bolsa de papel con el botín. Me mira y se inclina para decirme:

—Fecundación *in vitro*. Tres de tres. Pleno. No se lo deseo a nadie. ¡Felices fiestas!

Me quedo blanca. Patidifusa. Abrazo a Elena. Sororidad ante todo.

—Que crezcan rápido —le deseo de corazón.

—Y que yo lo vea —afirma Leo entre risas mal disimuladas.

Seguimos nuestro camino. *All I want for Christmas is you* se reinicia con fuerza. Qué cruz, de verdad. Con lo que me gustaba la canción, y la tirria que empieza a provocarme.

—¿Te agota Mariah Carey?

—Sí. Por pesados. ¿No podrían pinchar el burrito sabanero?

—Y los peces, no te olvides de ellos.

—Jamás.

Leo me ofrece un rosco, que acepto. El azúcar se me pega a los dedos. Me pasa una servilleta y nuestros dedos entran en contacto. Un chispazo prende en mi estómago, tan potente que nos paramos en seco.

Lo hemos sentido.

Los dos.

¿Dónde puñetas está la cámara oculta? Ojeo mi entorno: altavoz, farola, balcón, farola, altavoz, balcón. Altavoz, *Campana*

sobre campana. Di algo, Inés, que él está más bloqueado que tú.

—Si quieres, puedo salir en una —sugiero, apuntando hacia la cámara—. Sin chaleco ni pompón, por favor.

Claro que sí, bonita. Que se quede con tu jeta de recuerdo.

—Sin chaleco ni pompón.

Leo me observa como si midiera la luz exacta que necesito para no salir borrosa.

—¿Crees en el destino? —pregunta.

—Creo en los algoritmos con personalidad y en las notas escritas a mano. Lo demás, lo vamos viendo.

Pasamos por la frutería «buena», donde huele a mandarinas, y mis tripas rugen. Leo me mira de soslayo; apenas logra contener la carcajada, y a mí me suben los colores. Desde el bloque contiguo, un gato nos observa con desconfianza.

La joyería nos recibe con la persiana bajada y un anuncio escrito a mano:

Marina Ortega

Joyas artesanales

CERRADO. Volvemos mañana

—Podemos intentarlo mañana —dice Leo—. O dejárselo a la compañera.

Leo señala a una chica que sale del portal de al lado. O se trata de Marina o es, como afirma Leo, su compañera, ya que lleva un par de bolsas con el logo de la joyería y revisa que la tienda esté bien cerrada.

—Disculpa. ¿Eres Marina Ortega? Soy de Mensajería Exprés. Tengo… tenemos un envío.

—Soy Rocío, la compañera de Marina. —Punto para Leo—. Me lo podéis dar a mí.

—Muchísimas gracias. —Le entrego la cajita con mimo. Ella me facilita sus datos y firma—. ¡Felices fiestas!

—Felices fiestas —secunda Leo.

—Igualmente, chicos.

—Un momento. ¿Me permites? —Leo sostiene la cámara.

—Por supuesto.

Rocío aguarda a que le saque una foto al paquete sobre su palma.

—Ahora sí —murmura él con la vista fija en la pantalla—. Gracias.

Tras despedirnos, los dos damos media vuelta, en dirección al piso de Leo.

—Esta foto cuenta cómo nos hemos conocido.

—Cierto.

Cruzamos la plaza. Un farol se enciende; un niño grita «¡magia!», y yo le creo. Dos ancianos discuten sobre si la lluvia es «fina» o «caladora». Un silencio cómplice se extiende entre nosotros dos.

—Tengo que seguir la ruta —explico.

—¿Nada de porras?

—Hoy no. El deber me llama. Además, seguro que alguno de mis compañeros te anda buscando para entregarte tu paquete.

—Está bien. De todas formas, yo iré en busca de la imagen de la jornada. Mi vecina recogerá el envío.

—Suerte con esa fotografía.

—Suerte contigo —suelta bajito. Finjo que no lo he escuchado.

—Hasta luego, mensajera.

—Hasta luego, fotógrafo.

Me alejo.

Escucho el clic de la cámara a mi espalda. Me giro.

—Inés —me llama.

—¿Sí?

—Gracias por el error.

—De nada.

Pifia vibra:

«**Tiene tres entregas urgentes**.

CONSEJO: siga a su corazón».

Me río. El *coach* ataca de nuevo. Le hago caso a medias: corazón, sí, pero después de la ruta 7B.



5

Mi familia convierte cualquier comida en una oportunidad para solucionarte la vida. El piso huele a vainilla y el horno funciona a toda máquina. Mi madre alinea las velas como si fueran balizas de aterrizaje; mi padre consulta el reloj de la cocina con cara de controlador aéreo. Mi prima, sí, la de las vacaciones estratégicas, se encarga de servir la mesa. Mi abuela, sentada en una esquina, supervisa las tareas del resto como si fuera la CEO de una gran aerolínea.

—¿Qué tal el trabajito? —indaga mi prima mientras me llena el plato con el entrante, sin preguntar.

—Precioso: adopté dos cajas, encontré tres ascensores en huelgas y he conocido a un fotógrafo al que le entregué un anillo por accidente. Todo resuelto, que no cunda el pánico.

—¿Guapo? —dispara la abuela.

—Relativamente.

—Tráelo a cenar y arreglamos lo relativo —dictamina, y doy por hecho que ya tiene un plan en marcha.

Mi madre coloca el pan en una cesta que viste con una servilleta roja.

—¿Sigues con el diseño? —indaga mi padre.

—Etiquetas, identidades… Estoy en fase de crear un portafolio bonito. —Saco la *tablet*—. Mirad esta: «Error Perfecto».

—¿Es café o filosofía? —pregunta mi madre. Me acuerdo de Leo y se me calienta la cara sin motivo.

—Ambas —contesto.

—Los errores traen postre —sentencia la abuela, y deja caer el turrón.

Nos sentamos. Hay jarras de agua con rodajas de naranja y una ensalada donde todo brilla excepto el pepino, que está medio pocho. El tema «trabajo» se agota y pasamos al tema «vida». Terreno pantanoso.

—¿Y el chico? —insiste mi prima, cuchillo en alto.

—Se llama Leo. Captura manos y objetos perdidos. —Trago—. Y a veces, mi paciencia, pero en general, bien.

—Si fotografía manos es porque le gustan las manos que hacen cosas —traduce la abuela, que tiene un doctorado en metáforas—. Tráelo un día. Yo pongo el chocolate.

—Abuela… —protesto, por costumbre y por necesidad.

—No me hagas repetirlo.

Y como sé que es capaz de insistir hasta Navidad, aprovecho para ir a por agua y darles margen para que cambien de tema. Me vibra el móvil:

Óscar:

Mañana, a primera hora, pasa otra vez por la joyería de Marina, la del anillo. Te esperan. No me han dicho por qué.

Me quedo de pie con la jarra en la mano, como si pesara un kilo más. ¿Otra vez el anillo? El pobre va a dar más vueltas que una noria.

una seña para —¿Qué te pasa? —Mi madre me pilla.

—Nada. —Sonrío como cuando tenía ocho años y le mentía.

Viramos la conversación a velocidad de crucero: recetas de familia, la vecina que ahora hace pilates, la teoría de mi padre sobre por qué los polvorones se desmigajan más en casas con calefacción central. Yo asiento a todo con la cabeza, pero la otra parte de mi cerebro piensa en un fotógrafo y una joyera.

—Inés, brinda. —Mi madre me devuelve al mundo real.

—Por el trabajo que paga el alquiler —dice mi padre.

—Por el que paga la alegría —corrige la abuela.

—Por los errores que salen bien —remata mi prima.

—Y por las etiquetas bonitas —añade mi madre.

Brindamos.

—Te voy a pedir presupuesto —dice mi madre de repente—. Para la tienda de tés. Etiquetas nuevas. Sencillas.

—¿Con canela en la tipografía? —pregunto.

—La canela no entra en la tipografía, hija —responde la abuela antes que nadie.

—Pues en el aire que la rodea —resuelve mi madre, que por nada del mundo abandonará la idea de que su ingrediente favorito forme parte del diseño.

Reímos. El horno pita. Mi padre lo abre y el vapor nos da una bofetada cariñosa. Me siento a salvo: mesa grande, ruido de cubiertos, una rutina sencilla, conocida. Y, por debajo, el piloto ámbar que me recuerda el mensaje de Óscar, la imagen de Leo.

Después del postre, la abuela me hace una seña para que la acompañe. Me da una fiambrera y un consejo.

—Si tienes que volver a un sitio que te removió, lo haces con el pecho abierto y las manos ocupadas.

—¿Las manos ocupadas?

—Una, con la fiambrera. —Me la endosa—. Y la otra, con tu trabajo. Si te preguntan quién eres, lo enseñas. —Señala mi *tablet*.

—Eres un oráculo con delantal.

—Y tú, una nieta que necesita dormir más.

En mi cuarto, ya de madrugada, abro la aplicación de diseño y termino la etiqueta: «**Error Perfecto**». Hago dos versiones, una con tipografía redondeada y otra más seca. Las guardo con nombres que me hacen sonreír: EP_canelita_v1 y EP_sinazúcar_v2.

Pifia vibra desde la mesilla con un recordatorio que no le he pedido:

«**DESCANSAR** también es logística».

Pongo el móvil en modo avión, igual que las preguntas.



6

La mañana siguiente me recibe con temperaturas aún más bajas. Empujo la puerta de la joyería; un cascabel hace clin clin, y por el hilo musical suena *El tamborilero*. El interior huele a metal caliente; un abeto minúsculo en una esquina sostiene dos pares de pendientes como si fueran bolas.

—Buenos días. —Levanto la acreditación—. Mensajería Exprés. Inés.

La mujer que aparece al fondo lleva una lupa basculante en la frente. Sus manos son pequeñas, algo trémulas.

—Marina —se presenta—. Pasa, que aquí fuera la calefacción es solo un rumor. ¿Vienes por la cajita de ayer?

—Sí. Se la dejamos a Rocío.

Marina abre un cajón, saca el paquete y lo sitúa entre nosotras como quien escribe un punto y aparte.

—Llegó. Y vuelve. —Lo empuja con suavidad hacia mí—. Tiene que regresar a su dueño.

—¡¿Devolverlo?! —se me escapa. No debería opinar.

—Devolverlo —repite, con una calma firme—. No lo quiero aquí. No lo quiero en mi dedo. No lo quiero en mi casa. Y si te soy franca, tampoco en mi memoria.

—¿Por qué? —Bajo la voz. Es una indiscreción.

—Lo compró mi ex. Viene con una petición de «hablemos», que, traducido del idioma de los imbéciles, significa: «Yo hice lo que hice, pero ahora te toca perdonarme porque me aburre estar solo y tú no tienes a nadie».

—Vaya. ¿Y lo que hizo fue…?

—Cuernos. —Ni parpadea—. El cuento más viejo de la historia. Uno barato y repleto de excusas: «No significó nada, fue un impulso, una tontería, la peor versión de mí…». Seguro que te lo sabes.

—Sí. —Y me sé también el cuerpo que se te queda cuando alguien siembra la duda y no sabes si puedes perdonar semejante traición.

Marina se quita la lupa, que deja a un lado.

—Lo peor no fue lo que pasó. La clave está en que, un mes después, envíe la cajita como si el metal soldara también un corazón roto. —Da un toquecito al estuche—. Es un intento cruel. Por eso no quiero que se quede. Quiero que regrese a la persona que lo mandó. Que se coma su gesto.

—Entonces…, ¿solicitas devolución al remitente?

—Eso mismo. —Me mira a los ojos—. Mi dignidad está por encima de él.

Asiento. Me recoloco el chaleco.

—Entiendo. —Y lo entiendo de verdad—. Puedo tramitarlo en el sistema para que el paquete llegue al remitente hoy mismo.

—Hazlo.

Saco el móvil. Hago una foto de la cajita sobre el mostrador, otra del rótulo «Marina Ortega - Joyas artesanales». La dueña no pierde detalle.

—De acuerdo. —Meto el paquete en la bolsa acolchada—. Te aviso cuando quede registrada la devolución.

—Inés. —La voz me detiene ya en la puerta—. Gracias por no ponerme cara de: «Pobrecita». Yo no soy «pobrecita». Soy una

mujer cabreada, con un gusto estupendo y mucha dignidad.

—Lo corroboro.

Me despido de Marina con una punzada en el pecho, mezcla de frío, rabia y respeto.

Por la noche, mientras ceno la sopa de la abuela, recibo un mensaje:

Óscar:

Leo Ramos ha venido y me ha pedido tu número de teléfono. No se lo he dado. Te he dejado el suyo en tu taquilla.

La cuchara queda a medio camino. Se me enciende una hoguera en el estómago, y abrazo mi jersey en un intento estúpido de contener el calor que desprendo. Vale. Ha preguntado por mí.

Dejo el móvil boca abajo, como si así consiguiera calmarme.

Pifia vibra desde la mesilla con otro recordatorio que tampoco he pedido:

«**Nota de ruta**: interés mutuo detectado. Llamar mañana».



7

Son las nueve y cuarto y llevo quince minutos dándole vueltas a qué hora es la adecuada para enviar un mensaje sin parecer ansiosa, porque no es el caso. Venga, pues ahora mismo. Guardo en la agenda el número que me dejó Óscar y actúo:

Inés

Hola. Soy Inés, la mensajera que deja errores en felpudos. ¿Ruta corta con cámara esta tarde?

No llego a enviarlo. Lo borro. Nuevo intento, esta vez con envío incluido:

Inés

Soy Inés. ¿Café y paseo con cámara?

Leo

¡Hola! Sí. Yo invito a porras. ¿A qué hora te viene bien?

Inés

Hoy salgo a las seis. ¿A las seis y media en la farmacia que hace esquina con la rambla?

Leo

Allí estaré.

El día transcurre entre entregas rápidas, clientes exigentes y otros rendidos al espíritu navideño, que me transmiten sus mejores deseos. Cinco minutos antes de la hora, nerviosa y un tanto ilusionada por volver a verlo, llego al punto de encuentro. Me pongo de puntillas para otear entre los transeúntes que vienen de cara y localizo a Leo en medio de ellos: gorro y bufanda negros, abrigo insuficiente para los cuatro grados a los que estamos y una sonrisa contagiosa en los labios.

—Hola. ¿Preparada? —Me muestra una cámara que parece muy ligera—. Abre las palmas. No pesa.

—¡Es verdad! Debe de ser ideal para pequeñas excursiones.

Se inclina hacia mí, robándome un poco de oxígeno:

—E incursiones entre multitudes.

Empezamos nuestro periplo por la plaza: un barrendero arrastra un carro lleno de cubos; un perro vestido con un jersey de renos tira de su dueña hacia una churrería. Creo que le entusiasman los chuchos de crema.

—Primer truco —dice Leo, a mi lado—: no busques el centro. Mira en los bordes, ahí ocurren las cosas.

Observo hacia una esquina: una niña se asoma detrás de un coche para espiar a un gato. Disparo. Sale regular.

—Segundo truco —añade—: antes de disparar, espera media respiración. Ni antes, ni después.

Sigo sus instrucciones. La niña se ríe y el gato decide que no le importa nuestra presencia. Disparo de nuevo. ¡Ostras! Sale bastante mejor.

—¡Magnífico! En ocasiones, es más paciencia que técnica.

—La paciencia es lo mío. Aunque falla el resto.

Cruzamos la plaza en dirección al mercado. Allí, una florista coloca ramos en unos jarrones rojos; le pido permiso con la mirada y ella asiente con un gesto mínimo. Le hago una fotografía cuando sujeta una rosa como si le pesara. Después, Leo se acerca y le compra un ramito de paniculata.

—Para ti, aunque, por el momento, te la guardo.

Me pinzo el labio, pensativa. ¿Conocerá el significado de esa flor o será pura coincidencia? Mi estómago se agita emocionado. Sonrío. Las mejillas de Leo se encienden. Sí, puede que sí lo sepa.

—Tercer truco: cuando fotografíes manos, piensa en para qué sirven —murmura mientras reinicia la marcha—. No son manos, son verbos. Todas ejecutan algo.

—¿Todas? ¿Incluso las mías?

—Las tuyas hablan de entrega, pero no solo de paquetes, también de ternura.

Calor. Un leve cruce de miradas. Los dos nos entretenemos en colocar nuestras bufandas alrededor del cuello.

En la calle de El Rincón Gatuno, paso junto a una señora de abrigo rojo que espera a que deje de chispear. Le muestro la cámara con un gesto y ella me regala una pose de perfil con la barbilla alta. Disparo. Le enseño el resultado. Se ríe.

—He quedado muy bien.

—Si quiere, se la imprimo en la tienda de la esquina.

—No te molestes. ¡Feliz Navidad, chicos!

—Igualmente.

—Feliz Navidad.

Más tarde, paramos en el Café Antártida, que nos recibe con los cristales empañados, un tintineo de cucharillas y aroma a canela. Sentados a la barra, compartimos una napolitana que cruje, rellena de una crema deliciosa.

—¿Por qué dejaste la agencia?

—Dejé de ver. —Toma aire—. Al principio haces fotos y es divertido. Luego te dicen que todo tiene que «verse igual» para la marca. Mis manos obedecían, pero mi cabeza se rebelaba. Vivía bajo una luz perfecta que me apagaba.

—¿Ahora ves?

—A ratos. —Ríe—. Me ayuda no tener jefe y formar parte del barrio. También días como el de hoy, por ejemplo.

Bebemos. El café me templa hasta los dedos de los pies. Saco mi *tablet* de la mochila para compartir con él una etiqueta que dibujé anoche: «Error Perfecto. Fallos seleccionados a mano».

Aguardo su veredicto con la respiración contenida.

—Te define. También a mí: las imperfecciones que creamos, al final, se quedan con nosotros más tiempo que los aciertos.

—Lo suscribo —susurro, impresionada por lo mucho que nos entendemos.

Ya en la calle, Pifia interrumpe nuestro paseo:

«**Replanificación**: desvíese 8 minutos respecto a su ruta.

SUGERENCIA: gire a la izquierda en calle del Horno».

—«Horno» suena a foto. ¿Vamos? —propone Leo.

—¿En serio vas a hacerle caso a este cacharro?

—¿Por qué no?

Giramos a la izquierda entre risas y apuestas sobre qué encontraremos en el destino que nos ha sugerido Pifia. Cuando llegamos, un panadero saca barras humeantes a una mesa exterior. Una niña intenta alcanzar una, de puntillas; el panadero finge distraerse y, cuando ella casi la toca, se la entrega, envuelta en una servilleta. Disparo en ese instante. La escena derrocha ternura. Le enseño la fotografía a Leo.

—Para que veas. Pifia, en ocasiones, es eficiente.

Seguimos mientras hago una lista mental de las cosas que me gustaría atrapar con la cámara: las manos de Pepi en la caja del bar, la guirnalda de luces reflejada en un charco, las pinzas de la ropa de un décimo piso. Y a Leo.

En el pasaje del Ayuntamiento hay un mural nuevo: unos peces de colores nadan en un mar de papel pintado. Un grupo de chavales se hacen selfis; uno nos pide que les saquemos «una foto *vintage*». Leo se la hace con su cámara y después me invita a mí a repetirla con la pequeña.

—Hazme caso: acércate medio paso más de lo que te atreverías.

Obedezco. Encuadro. No los saco perfectos, pero se ven guapos. Ellos chocan las palmas entre sí.

—Muchas gracias, señora fotógrafa.

Me entra la risa.

—Aprovecha el momento, señora fotógrafa —dice Leo a pocos centímetros de mi oreja.

—No me líes, Leo, no me líes. Lo mío son las etiquetas: pensar en frases, diseñarlas, mostrarlas con cariño. Lo de mirar tras la cámara me viene grande.

—En absoluto. —Se apoya en la pared—. Se nota cuando cambias la velocidad.

—¿La velocidad?

—Sí. La de dentro. —Se toca el pecho—. Cuando estás en modo llegada, observas de una manera. Cuando entras en modo mirar, de otra. Hoy has pasado de la primera a la segunda.

No sé qué responder, así que no lo hago.

Reanudamos la marcha. Un hombre mayor, en la esquina de la iglesia, baila solo, con una radio pequeña entre las manos. Enfoco sus zapatos. Él nos apunta con la antena y nos bendice.

—Último truco —anuncia Leo al regresar a la esquina de la farmacia—: guarda la cámara antes de irte. Es la forma de decirle a tu cerebro que el día se acabó para ella y continúa para ti.

Lo hago. El termómetro todavía marca cuatro grados. Sin embargo, yo tengo calor.

—Gracias por prestarme tus ojos y tus trucos.

—Gracias por escucharme —responde—. ¿Mañana? Mi invitación a porras se resiste.

—Mañana he quedado con mi prima para tomar un café.

—Con canela.

—Con canela siempre.

Permanecemos un instante inmóviles. Yo me debato entre proponerle seguir el trayecto juntos o ir cada uno por nuestro lado; él, pues no lo sé. Al final, supongo que elegimos la prudencia: cada uno a lo suyo. Me pongo de nuevo el chaleco, que me quité para nuestra cita. Él me tiende el ramito de paniculata.

Nos despedimos con un apretón de manos que me sabe frío. Pifia vibra tímido:

«**RESUMEN**: paseo con desvío controlado.

NUEVA MÉTRICA: fotos que mejoran el día».

Me río sola mientras regreso al trabajo. Menudo morro tiene el programa por apuntarse mis victorias.



8

A las ocho y cuarto, Pifia amanece con ínfulas de tirano y de oráculo. En cuanto ficho, saca pecho con un mensaje que parpadea en la pantalla:

«**PICO DE ENTREGAS PREVISTAS**: hoy +17%.

Recompensa sentimental al final del día».

—¿Qué demonios? —murmuro en voz baja.

«**SORPRESA**. Confíe en el proceso».

Responde. ¡Responde! Busco de nuevo la cámara oculta. Nada. Todo parece normal. Parece, porque serlo, no lo es.

Cargo el carro, con la mosca detrás de la oreja: un montón de cajas ligeras, dos pesadas y una bolsa con plástico de burbujas del

que pide ser explotado (me contengo por los pelos). Me fijo en que la ruta dibuja un lazo imposible por medio pueblo. Me santiguo con el rotulador.

Llego al primer portal, donde me reciben unos buzones que han visto más de una guerra y un ascensor que funciona. En el tercer piso, me saluda un felpudo con renos. Llamo; nada. Llamo otra vez. Tampoco. Eso me pasa por aprovechar que un vecino ha abierto el portal y entrar sin confirmar que está la destinataria. La vecina de enfrente, con una bata de Papá Noel, saca la cabeza.

—Buenos días. ¿Sabe si Ángela se encuentra en casa?

—Ángela soy yo, pero ese paquete será para Angelines. —Se ríe—. Nos pasa mucho.

Miro la etiqueta: Angelines. Empieza el festival. No debería fiarme de Pifia y escanear en lugar de leer. Porque me ha indicado Ángela, estoy segura.

—¿Te sobran cinco minutos? —La señora interrumpe mis pensamientos—. Es el cumpleaños del niño del tercero. —Señala el paquete que debo entregar en el cuarto—. Si eso es un puzle, le alegras el día.

—Pero yo no puedo…

—Las dos vecinas tienen hijos de siete años, les dará igual.

La mujer me mira con pena. ¿Creerá que puedo obrar milagros? Sacudo el paquete; efectivamente, podría ser un puzle. Toco el del tercer piso: es ropa.

—Hoy le hará más ilusión el puzle —sentencio, sin saber por qué.

Pifia vibra y emite un ding:

«**MICRORREASIGNACIÓN COMPASIVA**: autorizada. Justifique mediante nota manuscrita».

Saco el bolígrafo:

«Cambio de destinatario para mantener la ilusión.

Fdo.: La mensajera».

—¡Qué rebonica eres! Muchas gracias, cielo. ¡Felices fiestas!

—Felices fiestas para usted también.

Abandono el bloque con la certeza de que le he alegrado el día a un crío.

Siguiente parada: calle Parras, 6. En el banco que hay junto al portal, parece montar guardia un chico con la mirada perdida y un tic nervioso en la pierna.

Llamo al timbre del primero A. Nada. Qué jornada más divertida.

Un momento…

—¿Esperas algo? —le pregunto al muchacho, que me mira como si acabara de darse cuenta de que existo.

—Un libro. Me lo manda mi hermana. Es su regalo navideño.

—¿Cómo te llamas?

—Diego Hernández Huertas.

Pifia vibra como si quisiera cantar bingo:

«**ENTREGA EXTERNA POSIBLE**:

cliente localizado fuera de la vivienda».

¿En serio? Sacudo la *tablet* como si de ese modo fuese a obtener la respuesta a por qué Pifia se adelanta a mis movimientos.

—¿Es mi libro?

—¡Disculpa! Sí.

Le entrego el paquete; lo mira como si contuviera instrucciones valiosas para seguir vivo. Se me libera algo por dentro.

—Gracias. Es de poesía.

—Que lo disfrutes.

A media mañana, la ruta explota, notificación tras notificación:

«**RECÁLCULO DINÁMICO**: desviación sugerida por saturación del centro».

«PRIORIDAD BLANDA: vecino friolero detectado en calle Oliva, 3».

«**MICRORRETO**: entregue sonrisa a domicilio».

Demonios, Pifia, la estás liando buena. Tomo el desvío a la calle Oliva. En el número 3, una señora me espera con una manta

sobre los hombros, un cigarro entre los dedos y la ventana abierta.

—Aquí tiene su paquete.

—¡Por fin! Es un plumas —dice, y lo abraza emocionada—. Y con capucha peluda.

Abre el envoltorio antes de que me vaya.

—Firme aquí.

—¿Sabes de quién es esto?

Me muestra una nota:

«Perdón por el frío. Que abrigue donde toca».

—No.

Un nuevo ding de Pifia:

«**INDICADOR ALEGRÍA +1**».

Cuando paso por El Rincón Gatuno, Pepi me hace señas para que me acerque.

—Inés, reina, ¿llevas algún paquete para Joaquín, el de la plaza? Espera la aguja del tocadiscos y se niega a salir de casa hasta

que la reciba.

Consulto mis entregas. Sí, la tengo.

—No te preocupes, que hoy echa la tarde en el bar.

—Qué bien. El pobre está más triste que un villancico sin zambomba.

Al llegar a la plaza, diviso a Joaquín, que, con la puerta de su casa abierta y sentado en una silla en el recibidor, saluda a los vecinos que pasan.

Le entrego la aguja.

—Ahora sí sonará. —Me señala el tocadiscos a la par que abre la cajita—. Gracias, hija. ¿Y esto?

«**Las canciones viejas no caducan**.

Firmado: Logística con canela».

Meneo la cabeza a los lados. Ni tengo explicación ni, a estas alturas, la busco.

Un nuevo ding, y Pifia habla:

«**INDICADOR ALEGRÍA +2**».

Al dar la vuelta a la esquina, aparece Leo. Lleva la cámara pequeña colgada al cuello, su eterno gorro negro y una sonrisa que derretiría un iglú.

—Buenos días, Inés. ¿Te acompaño un rato?

—Claro. ¿En busca de imágenes que capturar?

—Instantes, más bien.

Seguimos juntos el camino.

A mediodía, la ruta me desvía y paso frente a la asociación de vecinos. En la entrada tienen una mesa para la donación de libros. Miro mi carro, donde falta espacio.

Pifia se pronuncia:

«**SINERGIA**: entregue el lote C (libros) aquí.

Beneficio social autorizado».

—No puedo, es para la Biblioteca Municipal —le susurro al móvil.

—¿Perdona? —Leo se extraña al verme discutir con el aire.

—Mantengo una conversación con mi jefe digital. —Abro el paquete—. Hay cuatro ejemplares del mismo título. ¿Y si…?

Llamo a la biblioteca para pedir permiso. No contestan. Miro a Pifia: ¿puedo endilgarle la responsabilidad? Pues no, la verdad. Coloco dos libros sobre la mesa y saco el bolígrafo:

«De parte de la Biblioteca Municipal.

Felices fiestas».

—Eres peligrosa —asegura Leo—. De esas personas que consiguen que el mundo gire de un modo distinto.

—Solo junto piezas según la voluntad de Pifia.

—Ya.

En el pasaje del Ayuntamiento nos cruzamos con la señora del abrigo rojo. Lleva carmín en los labios y un plumas dorado.

—¿Hoy también sacáis fotos?

—Sí —contestamos a la vez.

—Seguro que le alegráis el día a alguien. Para vosotros. —Nos regala unos caramelos—. Y recordad esto: si te dicen que no, que sea porque lo intentaste.

Nos guiña un ojo y sigue su camino. Qué raros están todos.

Tengo una entrega en la calle del Horno, 27. Al llegar, veo un cartel en la panadería:

«Buscamos manos los sábados».

Leo lo mira absorto; yo también. El panadero, el mismo que finge distraerse, nos saluda de lejos, cubierto de harina hasta las cejas.

—Me gustaría fotografiar sus manos en plena faena —confieso.

—Me lees la mente. ¿Quedamos una tarde y se lo proponemos? Además, quizá cuando acabes el trabajo de mensajera, el de panadera podría pagar facturas.

—Sí a todo. ¿Seguimos?

—Vamos.

Pifia alerta de una recogida prevista en la joyería. Leo y yo intercambiamos una mirada curiosa y apretamos el paso. Al llegar, encontramos a Rocío.

—Marina está en el banco. Volverá en diez minutos.

Rocío me tiende una bolsa pequeña.

—De parte de Marina.

Dentro, un colgante con una «I» labrada a mano y una tarjeta:

«Los errores son posibilidades.

—M.».

No digo nada. Leo, tampoco. Pifia, sí:

«**INDICADOR ALEGRÍA +3**».

Nos despedimos tras dar las gracias y prometer que pasaremos otro día a ver a Marina. Fuera, caminamos en silencio mientras los vecinos van de un punto a otro con sus tareas planificadas. Yo siento que me encuentro ante un cambio de rumbo bonito, inesperado y repleto de imágenes.

Pifia vibra:

«**FIN DE JORNADA**.

Anomalías positivas: 5.

MÉTRICA EXPERIMENTAL:

Días mejorados: 4.

CONSEJO: no olvidar el día de hoy (y comer algo)».

—Tengo hambre —comento.

—Yo también. —Leo levanta la cámara—. ¿Una foto más?

Poso sin exagerar.

—Último truco del día —dice—: no busques la foto perfecta. Haz la que te permita recordar.

Aprieta el botón. Sale una Inés con ojeras, un rollo de cinta adhesiva que asoma por el bolsillo y una sonrisa que hacía mucho que no le veía. Me gusta.

—Duende logístico confirmado —afirma Leo.

Pifia se permite una cursilada que merezco:

«**POSDATA**: la recompensa sentimental está en ruta».



9

Caminamos con ese cansancio feliz que te deja satisfecho. La ciudad poco a poco activa su modo descanso: farolas encendidas, vaho en cada frase, niños que se recogen al grito de sus padres. Nosotros decidimos ir a tomar algo.

En la panadería queda pan caliente y una bandeja de napolitanas que lleva nuestros nombres. Pedimos dos y un chocolate para compartir, junto con una bolsa de pan para la sopa (mentira. Es para comer a pellizcos por el camino). Nos acomodamos en la barra contra el cristal, de cara a la calle.

—A ver. Hoy te he visto escribir notas, mover entregas y solucionar días. ¿Siempre es así?

—*Nop*. Solo cuando la aplicación se pone quisquillosa y ordena a la par que arregla el mundo. Creo. —Pellizco la esquina de la napolitana—. Es como cuando diseñas portadas. Si alteras medio milímetro, el conjunto cambia.

—Hoy, ¿respiras distinto?

—Sí, y me asusta un poco.

Se queda quieto, como si no quisiera asustarme.

—También me ocurre. Hay días en los que solo disparo por cumplir. Hoy, en cambio…, disparé para no olvidar.

El cristal empañado nos confiere intimidad. Dibujo un círculo con el dedo; no escribo nada, me da vergüenza que pueda intuir lo que pienso.

—¿Siempre has vivido en el barrio? —Jamás lo había visto. Lo recordaría.

—Me crie cerca de aquí. Más tarde, cuando empecé a trabajar, me mudé bastante: pisos compartidos, ciudades desconocidas. Al principio, cualquier novedad resulta emocionante; después, aburrida, carente de luz. —Se encoge de hombros—. Regresé porque aquí ocurre lo que no controlo. Sin pactos ni encargos. Tan solo el transcurso de la vida.

—¿Te gusta no controlar?

—Me aterra. Pero te contaré un secreto: en ese estado, las fotografías, cuando salen bien, plasman un sentimiento que se parece mucho a la alegría.

Asiento. Pienso en mi abuela cuando afirma que «las manos ocupadas dan menos miedo».

—¿Siempre has querido ser diseñadora?

—Sí, que yo recuerde. De pequeña cogía cajas de cartón y las dibujaba con lo que yo quería ver en la portada del cuento.

—Eso es un sí rotundo.

Salimos, y el frío nos invita a caminar pegados. En un portal suena un villancico; en otro, dos adolescentes se besan con la torpeza de las primeras veces. Miro a Leo, ¿cómo sabrán sus labios? Mi piel se tiñe de rojo, así que miro hacia otro lado.

—¿Puedo pedirte un favor? —suelta él de repente.

—Ya veremos, tú pide.

—Déjame hacerte una foto sin chaleco. Quiero ver a la Inés auténtica, no a la trabajadora. No es para colgarla, es para… —titubea— tenerla.

—Claro.

Le doy un codazo suave para restar tensión al momento. Él me da un golpecito en el hombro. Ese contacto mínimo pulsa un interruptor interno. Disimulo escondiéndome tras la bufanda.

—Me pido una de ti sin cámara. Es lo justo.

—Eres rápida.

—Lo sé.

Nos paramos bajo una guirnalda de leds. Me deshago de la bufanda, me quito el gorro y pongo mi cara de «normal».

—Media respiración —susurra.

Lo hago. Clic.

—Te toca. —Le coloco el flequillo con descaro; los dedos me arden. Él se queda quieto, obediente; su tez también se tiñe de rojo.

Retomamos el paseo. La conversación se vuelve nuestra. Cómo duerme cada uno: yo, boca arriba y él, de lado; comidas favoritas, palabras que nos gustan por el sonido y otras que consideramos que sobran: yo odio «interesante», él, «contenido». Dónde está nuestro hogar: para mí, en casa de mis padres; para él, en su piso.

Nos detenemos en la esquina de la farmacia, donde empezamos a conocernos de verdad. El termómetro marca tres grados, pero en mi pecho es verano.

—Podríamos probar a vernos sin rutas —propone.

—Me gustaría.

Se le ilumina el rostro como alguien a quien le confirman que su tren está al llegar.

—Vale. Entonces, hoy te acompaño hasta tu piso y mañana te robo un rato por la tarde. ¿Trato?

Me tiende la mano para sellarlo. Le entrego la mía. Una chispa salta. Nos despegamos de golpe.

Cerca, una pareja discute por un gorro; un niño le reclama al cielo que cuándo caerá la nieve; un saxofonista ataca una nota que suena fatal. Todo es imperfecto, igual que nosotros.

—Inés. —Atrae mi atención—. Me gusta cómo miras cuando miras.

—A mí me gusta cómo miro cuando estoy contigo.

Al llegar a mi portal, nos quedamos paralizados: un abrazo puede que sea frío; un beso, excesivo. Hago un gesto con los dedos. Me entiende. Roce de mejillas, calor. Dura más tiempo de lo esperado. Floto en una nube. Leo. Me gusta Leo.

—Buenas noches, mensajera.

—Buenas noches, fotógrafo.

La puerta se cierra. Pifia vibra discreto:

«**REGISTRO**: deriva sentimental positiva.

CONSEJO: paso a paso».

Final del formulario



10

El jueves amanece con prisa y nubes embotadas, y yo también. Llevo la bufanda, el chaleco y, en el bolsillo interior, una foto que calienta más que el café. Pifia, de buena mañana, avisa de una jornada compleja:

«**PLAN**: ruta 9B + parada en calle Mayor por evento cultural.

CONSEJO: evitar improvisaciones románticas en horario laboral».

—¿Ahora ejerces de Cupido?

Todo va viento en popa hasta que paso por la plaza y veo el cartel:

Gran inauguración - Galería Aitana

«Lo que respira»

Me asomo al escaparate por el puro vicio de curiosear. Dentro: paredes blancas, techos altos, plantas en cada columna y gente que parece hablar bajito. De espaldas, reconozco a Leo: sin gorro, sin abrigo, con un jersey a medio remangar y la cámara colgada del cuello. Inconfundible. A su lado, una mujer elegante, con el pelo recogido, tacones y unos labios granates que invitan a pecar. Él dice algo que acaba en unas risas compartidas. Ella le coloca la mano en el hombro para enseñarle algo en el móvil; Leo asiente, cómodo. Después, un abrazo breve. Me quedo inmóvil como un buzón.

Mi cerebro elucubra una teoría en segundos: galería + mujer guapa + química… Clac, clac, clac, mi pecho emite el mismo ruido que el plástico de burbujas. La propietaria de la bufanda sin dueña que vi en el piso de Leo. El vaso con carmín.

Pifia vibra:

«**ALERTA: pulsaciones elevadas no atribuibles a cuestas**.
SUGERENCIA: hidratarse y posponer mensajes impulsivos».

Bebo agua y continúo mi camino. Me digo que tengo una ruta por cumplir, que no soy una chica peliculera ni una persona

melodramática. Aun así, el mundo se estrecha. Me veo en el reflejo de un escaparate con el chaleco y pienso que no hay comparación. Quién se iba a fijar en la chica verde fosforito.

En el bar en el que me escondo para reflexionar, Pepi me planta una taza sin preguntar.

—Esto cura lo que no nombramos —afirma.

—Lo he visto en una galería; abrazaba a una mujer. Igual me invento situaciones catastróficas sin derecho, o con derecho, lo cual sería peor. ¡¿Son celos?!

—¿Te dijo que iba?

—No.

—¿Te dijo que no iba?

—Tampoco.

—Entonces no hay delito. —Me mira—. Dicen que la cara es el espejo del alma y la tuya parece un cartel luminoso: se lee tu desconcierto a leguas. Habla con él.

—Qué bien —resoplo—. Soy una marquesina.

—De barrio fino —remata—. Toma, canela.

Me tomo el café y la galleta dándole vueltas a si procede pedirle explicaciones. Solo fueron unos paseos, buena compañía, un… ¿espejismo? Me froto la frente, hecha un amasijo de nervios y un mar de dudas. Sigo la ruta, aunque soy incapaz de saber hacia dónde voy, con quién hablo o qué entrego. Como no soy masoca, evito cruzar por la calle Mayor, pero, por arte de magia (llámalo Pifia), acabo allí una y otra vez.

La siguiente entrega es, precisamente, en ese local. Dejo el carro en el exterior, respiro hondo; allá voy. El suelo brilla tanto que puedo verme reflejada, una música suave se escucha de fondo y pequeños grupos de personas se arremolinan frente a un par de cuadros. Le entrego un tubo a una chica con flequillo desigual, quien me firma la recepción en un banco que parece una escultura; da miedo tocarlo. Cuando me giro para salir, una voz me detiene:

—¿Eres la mensajera de las etiquetas? —La mujer elegante.

—A veces —respondo.

—Soy Aitana. —Señala el cartel, para que sepa que es la propietaria. No, si ya…—. Me hablaron de Leo en el Antártida y él, de ti. Hoy hemos quedado en organizar una exposición suya en enero: barrio, manos, objetos perdidos y encontrados. Necesito un

texto breve para la promoción y etiquetas que no evoquen una galería pija. ¿Te apetece?

Mi estómago deja de revolverse. La palabra «enero», junto con la propuesta, suena a ventana abierta.

—Puedo intentarlo.

—Genial, lo hablamos. —Sonríe—. Si quieres pasar dentro, Leo está en el almacén con una pieza. Si lo ves, dile que voy a por cafés. ¿Te apetece uno?

—No, gracias.

«Está en el almacén». O sea: el abrazo era por trabajo, no de película. A eso me aferro. Me doy cuenta de que agarro el bolígrafo como si fuera un salvavidas. Primero debo finalizar la ruta, después lo buscaré.

El móvil suena:

Leo

Te he visto. No puedo salir. ¿Estás bien? ¿Te llamo luego?

Inés

Estoy bien. Luego hablamos. Me gusta lo que nos trae enero. La idea de enero.

Pifia vibra:

«**RIESGO: interpretación parcial**.

RECOMENDACIÓN: confirmar datos antes de extraer conclusiones.

BONUS: respiración normalizada».

—¡Serás entrometido! —exclamo.

La tarde se comporta: dos entregas que van rodadas, una señora que me bendice con colonia y un señor que me regala una mandarina «por tu risa». Reflexiono sobre la situación, lo mucho que me ha afectado imaginar que Leo jugaba a dos bandas. Cuando recuerdo que aún no he hablado con él del tema, que no hay nada cien por cien seguro, me prohíbo pasar otra vez por la galería. Paso igual. No entro. Medio punto de madurez.

A última hora, Pepi me intercepta de regreso a casa.

—Parte.

—No hay delito —resumo—. Era la galerista. Quiere hacerle una exposición. Me ha pedido etiquetas a mí.

—Pues las harás y serán preciosas.

Por la noche, abro la *tablet*. Escribo un título provisional: *Errores que acabaron bien*. Subtítulo: *Fotos de barrio para respirar de forma pausada*. Lo guardo como EQAB_v1.

Suena el móvil. Es Leo.

—Hola.

—Hola. —Reímos a destiempo—. Te vi. Aitana me pidió ayuda para cargar un marco. No era… —Duda—. Quería decirte que… no era nada raro. Al veros juntas, creí que quizá tú…

Me lee la mente, qué majo.

—Me explicó lo de enero. Felicidades.

Se toma unos segundos para responder.

—¿Enero te parece pronto? ¿Te asustaré?

—Enero es perfecto para que ocurran cosas buenas.

—¿Nos vemos mañana después del trabajo? Tenemos pendientes esas porras. Me las he marcado como objetivo vital.

—Vale.

Colgamos.

Pifia se manifiesta:

«**RESUMEN SENTIMENTAL: malentendido en resolución**.

CONSEJO: no producir películas sin antes contrastar información.

BONUS: hidratarse».

—Pesado —digo. Bebo agua.

Apago el móvil.



11

El día se pone raro a media tarde: una nube gris se cierne sobre el barrio y se va la luz. Todo hace clonc a la vez: escaparates, semáforos, la música de la frutería, el pitido del horno de la panadería. Un «oooh» largo y, después, la confusión. Pifia, que no desaprovecha una para lucirse, vibra con un mensaje:

«**MODO AHORRO ACTIVADO**.

CONSEJO: iluminarse por dentro».

—Original —le digo, y me guardo el móvil.

La mensajería cierra unas horas antes de lo habitual, por fuerza mayor. Salgo con el chaleco plegado, una fiambrera que me plantó la abuela esta mañana («por si hay hambre») en la mochila y el frío acariciándome las mejillas.

Escribo a Leo.

Inés

¿Sigues vivo?

Leo

Vivo y a oscuras. Café frío disponible. ¿Te acercas?

Inés

Llego en cinco minutos.

El portal que olía a friegasuelos ahora huele a cera derretida. La sonrisa chunga de la guirnalda me resulta amigable. En cada rellano, una vela ilumina el principio del siguiente tramo de escalera. A medida que subo, escucho las conversaciones de los vecinos: en el primero, una chica canta bajito; en el segundo, un perro bosteza; en el tercero, dos vecinos comparten un termo; cuando llego al cuarto, la puerta está entornada.

Leo aparece con un candil fabricado en casa: una lata de tomate con un asa de alambre.

—Bienvenida a mi caverna —saluda.

—Traigo comida que no requiere enchufe. —Le paso la fiambrera—. Albóndigas de mi abuela; si las criticas, te las verás con

ella.

—No cometeré ese error.

Dentro, el apartamento es otro: las nuevas sombras dan paso a contornos distintos. En el salón hay velas de té en una hilera que parece una constelación, y, sobre la mesa, dos cirios largos en tazas de café desportilladas. En la pared cuelgan las fotos de siempre, pero hoy respiran distinto. Bajo la luz tenue, los márgenes se agrandan.

—Siéntate donde no te quemes —me invita.

Nos acomodamos en el suelo, de espaldas al sofá. Me pasa una taza.

—Café… a temperatura penumbra.

—Brindemos por ello. —Hago chocar las tazas—. Por la electricidad interior.

Bebemos.

—Tengo algo —dice de pronto. Se levanta tan rápido que tropieza con una esquina de la mesita; vuelve riéndose y me coloca un sobre en las manos.

Lo abro: dentro hay una foto impresa. Soy yo, riéndome frente a la joyería, el día de la entrega a Rocío. Mi rizo rebelde fuera de sitio, el chaleco a medio subir, la mano en el aire como si fuera a pescar una palabra.

—Eres tú. Mi error perfecto.

Trago saliva. Dejo la foto sobre mis piernas y la toco por el borde para no dejarle huellas.

—¿Error?

—De los buenos. De los que te enseñan que hasta ahora no has mirado el mundo del modo correcto. —Se aclara la voz—. Llevaba meses en busca de «la imagen» que me explicara por qué dejé la agencia, y no la encontraba. Cuando abandoné la búsqueda, tropecé contigo.

—Yo, con un anillo —murmuro.

—Y un misterio para ambos.

Nos reímos quedo. El edificio emite toda clase de ruidos: tuberías, pasos, una silla. Abro la fiambrera y la habitación huele instantáneamente a tomate con clavo. Comemos sin prisas.

—Necesito decirte una cosa —empiezo—. Por si mañana vuelve la luz y, con ella, los malentendidos.

—Dime.

—A veces no me siento diseñadora de verdad. Hago etiquetas que me gustan y luego me da miedo compartir el diseño con los demás. Pienso: ¿y si solo es bonito y ya? Y entonces regreso al chaleco, o a lo que se tercie, porque paga facturas.

Leo no interrumpe. Me deja terminar mientras menea la taza.

—Yo tengo la versión gemela —responde—. A veces pienso que solo soy un fotógrafo de barrio que se cree alguien porque sabe dónde refleja mejor la luz para obtener una buena imagen. En ocasiones, entro en una galería y me sudan las manos a causa de las dudas.

—Y sin embargo…

—Y sin embargo, estamos aquí, en un salón en penumbra, comemos albóndigas y hablamos de ello porque nos importa. A mí me parece de verdad. Y enero me asusta lo suficiente como para querer que salga bien.

—Aitana…

—Aitana me pidió que eligiera doce fotos. Me gustaría que me ayudases a escogerlas y a ponerles título.

—Eso sí sé hacerlo. Y tengo título. Lo escribí anoche: *Errores que acabaron bien.*

—Es perfecto. —Silencio—. Una cosa más: si esto se tuerce, paramos. Si va bien, avanzamos; sin prisas, pero avanzamos.

—Sin prisas. Leo.

—Dime.

—El primer día que vine vi una bufanda rosa en el sofá y un vaso con carmín sobre la mesa. Ayer imaginé que pertenecían a Aitana.

—Vaya. ¿Nuestra primera crisis?

—No. Sí. Es posible. Sí.

—Eran de Laia, la nieta de la vecina. Tiene ocho años. Vino a jugar un rato con los gatos callejeros; son dos, duermen en la azotea y asaltan mi nevera. La cría se dejó la prenda, y vino maquillada porque antes había…

—Vale. Ya está.

Nos quedamos quietos, con cara de bobos y nuestros dedos rozándose junto al suelo, cerca del sofá.

Desde algún piso superior se escucha una zambomba; más abajo, alguien brinda; en el tercero, el perro ladra. En mi móvil, Pifia se despierta para atribuirse méritos:

«**REGISTRO: conversación honesta sin sentimiento de culpa**.

SITUACIÓN SENTIMENTAL: estable».

—Tu algoritmo tiene más puntería que yo. Yo iba a decir una cursilada, mejor me la callo.

—Dila. Por favor.

—Que te queda bien la oscuridad. Que no te apaga.

Me río con el estómago, que es donde se guardan los momentos genuinos. Le paso la foto.

—Quiero esta para la pared —digo—. Con etiqueta.

—Trato. —Se levanta y busca cinta adhesiva.

Coloca la foto en un espacio limpio de la pared, sobre una base blanca. Saca un sello viejo en el que se lee «FRÁGIL» y me lo muestra con orgullo.

—Dámelo. —Entinto el sello con cuidado y lo estampo en la cartulina blanca, a un lado de la foto. Después, a bolígrafo, escribo con letra diminuta: «Error perfecto».

Nos inclinamos hacia atrás para mirar.

—Tengo otra cosa —anuncia él, y saca de un cajón una bufanda de renos—. Me la prestó mi vecina para que «no pesque un catarro de garganta». Creo que es de niño. Pero abriga.

—Es objetivamente horrorosa.

—Pero es navideña. —Me la enrosca en el cuello con torpeza. Nuestras frentes se rozan durante un segundo tímido, mágico. Me aparto lo justo; él ni se mueve—. Perdón.

—De nada. —Se me escapa una sonrisa.

—¿De nada? —Leo ríe entre dientes.

—Son los nervios.

—¿Por?

Acerco nuestros labios. Sabe a café y a canela, a promesa e historia bonita.

Afuera, alguien exclama: «¡Ha vuelto!». Las luces del pasillo parpadean, hacen pfff, pero no arrancan.

—Falsa alarma —dice Leo—. Nos conceden cinco minutos más de privacidad.

—Que duren.

Ahora es él quien toma la iniciativa. Un roce dulce, la sensación de estar en el lugar correcto.

Pifia aprovecha por última vez:

«**RESUMEN NOCTURNO: apagón general, encendido selectivo**.

SUGERENCIA: mantener distancia de seguridad respecto a fuego real y acortar distancia respecto a fuego del bueno».



Epílogo

El día 26 amanece con un cielo plomizo que promete nieve. La plaza está invadida de niños con bicis nuevas, patinetes y coches teledirigidos; algunos padres corren tras los pequeños para evitar caídas; otros, más aventureros, los enfocan con el móvil. En una esquina, una abuela se lleva las manos a los ojos cada vez que una niña de unos seis años intenta mantener el equilibrio sobre dos patines.

Yo camino con el chaleco, la bufanda de renos que Leo me dejó y un sobre blanco con algo que late dentro.

Pifia se hace el interesante desde primera hora:

«**DÍA ESPECIAL: reducida carga de trabajo, pasos firmes hacia el destino**.

CONSEJO: entregar sin premura y con una sonrisa».

—Anotado —le digo. Me guardo el móvil para no pensar más en su afirmación.

Hoy no trabajo, solo tengo un envío especial que etiqueté en el calendario con el nombre de «Entrega final».

De camino a la joyería, me paro al ver un cartel que anuncia las fechas de los próximos espectáculos del Hada Anjana; le hago una fotografía. Sin duda, a Leo le gustará conocer a Alba, Alberto y Pi. Aún no he hablado con ella; flipará cuando le cuente cómo conocí a Leo. Aunque su historia con Alberto es insuperable, la nuestra también tiene su enjundia.

Al llegar a la tienda, encuentro a Marina con el pelo sujeto con un lápiz y enfrascada en el banco de trabajo, repleto de anillos sin cerrar y piezas pequeñas que parecen letras.

—Buenos días y feliz «se acabó» —saludo.

—Buenos días. ¡Menuda bufanda discreta!

—Regalo de un amigo. No preguntes. Vengo a enseñarte algo.

Saco la *tablet* de la bolsa y abro el archivo M_pack_Marina_v3. Espero que le guste la sorpresa. Leo me ha echado una mano facilitándome fotografías del taller: manos, lima, luz; yo he creado etiquetas claras, adecuadas para un papel crudo,

con tipografía redonda y, en la banda inferior, el logotipo de la joyería, que me envió Rocío. Marina desliza las imágenes en silencio.

—Lo quiero —dice—. Tal cual. El eslogan «Hecho a mano para manos que hacen» me representa. Y las cajas con esa muesca, también.

—¿Seguro?

—Segurísima. Si me dejas, te pago la mitad hoy y la otra mitad cuando esté impreso.

Me río. Respiro. Acepto.

Nos despedimos con un abrazo. Salgo a la calle y una nieve fina me envuelve. Me llevo la mano al pecho: primera parada superada. Vamos a por la segunda.

El portal de Leo huele a chocolate. Algún vecino ha dejado un árbol de Navidad a pelo en el tercer piso. Sigo. Llego al cuarto. Llamo. Oigo sus pasos. Abre. Su sonrisa parece más espléndida; en una mejilla, la marca de la almohada delata que ha dormido hasta tarde.

—Bonita bufanda. —Tira de ella.

—Si no te importa, me la quedaré hasta que la propietaria la reclame —susurro a un centímetro de sus labios.

—Perfecto.

Me pongo de puntillas para atrapar su boca, que me recibe ansiosa.

En el salón, me encuentro doce fotografías esparcidas por el suelo. Algunas de ellas tienen marco; otras, un pósit a su lado con el título provisional. En la mesa, dos tazas de chocolate caliente con canela.

—Bebida, imágenes que bautizar y seis horas por delante. Aitana vendrá esta tarde a dar el visto bueno a la selección.

—¡Genial! Ahora nos ponemos a ello, pero antes… te traigo algo. —Saco el sobre.

—¿Una factura?

—Una entrega. —Se lo dejo en las manos—. Para ti.

Lo abre con cuidado; alterna la vista entre el sobre y yo y el estómago se me encoge con cada cruce de miradas. Saca una fotografía impresa en la que sale él. La hice en la calle del Horno, el

día que vimos a la niña con la barra de pan. Leo está de perfil y sonríe frente al escaparate empañado. Es natural. Es él.

—¿Cuándo…?

—Te pillé despistado. Salió un poco torcida, no es perfecta.

—Menos mal. Si estuviera perfecta, no sería yo. Gracias.

—Lleva una etiqueta.

—«Fase inicial completada. Caminemos juntos».

—Pásame la cinta.

Le doy el rodillo. Él coloca la foto en la pared, junto a esa en la que me río frente a la joyería. La mira, me mira, vuelve a mirar. Lo imito: mirarme, mirarlo, remirar. ¿Hemos entrado en bucle?

—He pensado en algunos títulos para las imágenes —confieso —: *Las manos del pan*, *Abrigo rojo a todo sol*, *Aguja que suena*…

—Me gustan, no suenan a galería pija. —Aplaudo por dentro —. ¿Y estos dos?

—Esa —señalo mi foto— se titula *Error perfecto*; esta —la suya—, *Feliz destino*.

—Me gustan. Pero más me gustas tú, Inés. Lo sabes, ¿verdad?

Leo me sujeta por las caderas y, con suavidad, une nuestros pechos.

—Lo sé. Tú también me gustas. Mucho.

Nos besamos con calma, despacio, como quien tiene todo el tiempo del mundo.

—Deberíamos…

—¿Trabajar? —sugiero.

—Tomarnos el chocolate.

El estómago me da un vuelco. Entrechocamos las tazas.

Probamos marcos una, dos y hasta cinco veces. Yo me encargo de las notas; él propone reencuadres milimétricos. Hay algo físico en nuestras decisiones, una coordinación intangible pero real.

Pifia vibra:

«**REGISTRO: nuevos ingresos creativos**.

CONSEJO: no olvidar comer».

—Está obsesionado con que coma —me quejo.

—Yo también. —Leo me acerca un trozo de rosco—. El cerebro necesita energía. Tenemos un proyecto en común.

Antes de que llegue Aitana, salimos un momento a la terraza. La nieve empieza a cuajar en los bordes. Estiro los brazos y abro las palmas: tres copos despistados se posan en ellas. Contemplamos el cielo como si tuviéramos tiempo de sobra. El barrio está bonito cuando no hay tanto ruido. Igual que nosotros.

—Inés. —Cabecea hacia la pared donde las dos fotos se hacen compañía—: Gracias por la entrega.

—De nada. —Se me sube el calor a las mejillas—. Gracias por el destino.

De vuelta en el salón, suena el timbre. Aitana, desde el umbral, estudia la pared, las notas, nuestras tazas, la bufanda absurda, la libreta con posibles títulos. Sonríe con picardía. Observo a Leo y a ambos nos da la risa. Por suerte, Aitana toma las riendas de la situación y empieza a hablar de plazos para tener listas las invitaciones y enviarlas con tiempo, de los horarios de la exposición, de la sesión dedicada a vecinos y familia. Yo tomo notas mientras Leo asiente, propone, escucha. Todo encaja con una naturalidad

fascinante. Por un segundo, pienso que quizá este era el camino desde el principio.

Con todo organizado, Aitana se va. Nosotros nos quedamos callados un momento; después, un grito de satisfacción brota de los dos casi al unísono.

Pifia, que ya tardaba en opinar, vibra:

«**CIERRE DE PROYECTO: entrega final realizada**.

CHICOS: feliz vida».

Nota de la autora

Espero que hayas disfrutado de la historia de Inés y Leo. Muchísimas gracias por escogerla.

Si te has quedado con ganas de conocer más este barrio, en la próxima historia conocerás a los miembros de El Rincón Gatuno. ¿Preparada para una relación ficticia? ¡Espero que sí! Nos leemos pronto.

Tessa

Un error con patas

Ya en preventa Clica aquí

Jueves, 5 de septiembre

Blog AAVV El Rincón Gatuno

CAZA A TU *CRUSH*

¡Volvemos de las vacaciones con las pilas recargadas y una noticia que os hará tilín! Agarrad vuestros calendarios y marcad a fuego la fecha: **¡el próximo sábado 13 de octubre, a las 20:30 horas, llega la SEXTA edición de nuestro mítico Caza a tu *crush*!** Y con esta, llevaremos seis jornadas de magia NON-STOP.

Sé que muchos esperáis este momento con redobles de tambores, pero para los nuevos vecinos, o los rezagados, ¡esta es una cita que no os podéis perder! Decenas de parejas han encontrado a esa persona especial, ¡con solo unos minutos de charla! Aquí, la que os escribe ha visto nacer historias de película.

Así que: **vestid vuestras mejores galas, aparcad la vergüenza en casa** (aviso: para el amor no sirve de nada) **y venid a disfrutar de dos horas** en las que, os lo prometo, **TODO puede suceder:** risas, miradas que hablan por sí solas, ¡y quién sabe si el comienzo de vuestra próxima gran aventura!

Detalles importantes:

- **Inscripción gratuita** (¡sí, GRATUITA!) hasta el **5 de octubre**. ¡No hay excusas!
- **Dieciocho mesas y una cuenta atrás…** La tensión y la emoción están garantizadas.
- Solo durante la **última hora** podrás repetir con la persona que te haya robado el corazón. ¡Prepara tu estrategia!
- ¿Mente en blanco? ¡No hay problema! Nosotros te proporcionaremos **posibles temas de conversación** para que la chispa salte sola.
- **¡Pista de baile para los más atrevidos!** Si el amor no te mueve los pies, la música se encargará de ello.
- Las consumiciones corren por tu cuenta. ¡Invitar a tu *crush* es decisión tuya!
- **Requisitos**: ser mayor de 55 años, no tener pareja y sí muchísimas ganas de ilusionarse.

Recordad: nuestro horario de atención al público, para resolver cualquier duda o para que os apuntéis a esta locura maravillosa, es de **martes a viernes, de 19:30 a 20:00.**

¡Os esperamos con los brazos abiertos y el corazón listo para la fiesta!

Y es que Cupido afilará sus flechas en El Rincón Gatuno, su campo de juego favorito. ¡Nos vemos el 13 de octubre para sumar historias de amor a nuestra comunidad!

1

Diez minutos, a lo sumo once. Ese es el tiempo de reacción de mis compañeros de la junta directiva de la asociación de vecinos. ¡Y es que lo sabía! Sabía que en cuanto anunciase en el blog la nueva edición de Caza a tu *crush*, la paz de las vacaciones se desvanecería, ¡puf! Hasta el año que viene, sensación escurridiza.

Dejo el café con leche sobre la encimera y cojo el móvil, que no cesa de vibrar; miedo me da. O siguen en modo zen, entusiasmados por cómo he anunciado el evento, o puede que el primer día de trabajo se les esté atragantando.

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 08:12

¿Lo habéis leído?

Rosa 08:13

Sí. Está genial, Ana, ¡muchas felicidades! Lo has bordado. Será un éxito, ya veréis.

Fabio 08:13

Opino igual.

Héctor 08:14

Mierda.

Pepi 08:14

Eso. Demasiados comentarios en contra.

Fabio 08:15

¿Hay comentarios? ¿En contra?

Rosa 08:16

La leche. ¡Eso es mentira! ¿Quién será R2-D2?

Pepi 08:16

¿Y Motosierra13? Tampoco se queda atrás.

Fabio 08:17

La peña es una desagradecida.

Rosa 08:17

Necesitamos que las parejas manifiesten su opinión. Ana, ¿y si entrevistas a las más recientes y subes un artículo al blog? ¿Mañana?

¿Pero qué…? Cruzo el pasillo hacia mi cama, donde reposa el portátil, con la seguridad de que voy a encontrar puras explosiones

de testosterona: Motosierra13 y R2-D2 la exudan en los apodos que han escogido. Me siento en el borde del colchón y respiro hondo. Allá voy. Actualizo y… ¡doce comentarios!

Jamás participan más de tres personas.

Mierda. Esto es el caos.

Estela M

¡Me muero de ganas de que llegue el día! Tengo medio convencido a mi abuelo y espero que encuentre a su *crush*.

R2-D2

Todo el mundo sabe que estáis de capa caída. Las últimas dos jornadas fueron un fiasco. ¡Perdéis el tiempo y malgastáis el dinero de las cuotas de los socios! ¡¡Nueva junta, ya!!

Motosierra13

Esta directiva necesita una poda.

César M

Está claro que han perdido fuelle, pero esta es de las pocas cosas que hacen que valen la pena. Me gusta la junta actual; quizá solo estén cansados.

R2-D2

Cansados… ¡Incompetentes!

Motosierra13

De las tres parejas que salieron en julio, siguen juntas… ¡una! Cupido no sabe que existe El Rincón Gatuno.

R2-D2

Y de las seis de abril, quedan dos.

Carmen Díaz

Mi Genaro y yo seguimos enamorados y muy felices. No entiendo estos comentarios en contra de la junta. Es lo de siempre: nadie tiene tiempo para dedicárselo al barrio, pero sí para criticar a las personas que se vuelcan en él. R2-D2 y Motosierra13, ¿lo haríais mejor? Permitidme que lo dude.

Valeria Díaz

Digo lo mismo que mi hermana. Pepi, Héctor, Ana, Fabio y Rosa son un amor. ¡Arriba la junta! Seguro que Cupido se acordará de mí este 13 de octubre.

Severino H

No es justo culpar a los miembros de la asociación del desamor que puede surgir entre las parejas que nacen en los eventos.

R2-D2

Si es así, Severino H, deberían pensárselo antes de asegurar que Cupido afilará sus flechas. Además, ese día las consumiciones del bar de Pepi tienen precios mucho más altos, ¿a dónde va el dinero que se recauda? ¡Exijo explicaciones!

AAVV El Rincón Gatuno

Queridos vecinos y socios: cada año se presentan las cuentas en la asamblea anual. Además, estas son públicas y se pueden consultar, bajo petición escrita, en cualquier ocasión. En cuanto al evento, cabe decir que estamos felices de llegar a esta sexta edición, y estoy convencido de que será todo un éxito. Para cualquier duda o aclaración, tanto yo mismo como el resto de los miembros de la junta estamos a disposición de todos los socios.

Héctor Garrido

Presidente de la AAVV El Rincón Gatuno

Me tiemblan las manos. ¿Desde cuándo el anuncio de un evento se puede convertir en un arma arrojadiza? La gente es más idiota de lo que yo suponía. ¿De verdad creen que puedo lograr que Cupido afile sus flechas? Es un ser imaginario, ¡joder! Una forma de hablar, un poquito de esperanza frente a tanta soledad. ¿Y lo del dinero? Ven demasiada tele. ¿Creerán que tenemos cuentas en paraísos fiscales?, ¿un chalé en Torrevieja?

Me desplazo sobre el colchón hasta apoyar la espalda en el cabezal: menuda vuelta a la realidad. Dejo ir la mala hostia que me hierve en las venas con un resoplido demasiado fuerte; miro a Víctor, que ronca junto a mí como un oso resfriado. Anoche nos enrollamos, pero no comprendo por qué sigue bajo mis sábanas. Ya lo solucionaré después. Veamos:

Grupo El Rincón Gatuno

Pepi 09:12

Héctor, muy bien contestado, pero necesitamos algo más.

Rosa 09:12

Ana, ¿hiperventilas? Tú, ni caso. Con el currazo que te pegas con cada escrito… ¡Que les den!

Fabio 09:13

Ana, ¿estás bien?

Ana 09:13

Sí, sí. Es que… no dejan de entrar comentarios. ¿En serio creen que desviamos pasta? Sería lo último por ver, aunque no lo descarto.

Héctor 09:13

Prepararé las cuentas para que Ana las cuelgue en el blog.

Pepi 09:14

¡De eso nada! Nos centraremos en el evento. Es nuestra mayor fuente de ingresos, y no renunciaremos a ello por dos insurgentes.

Ana 09:15

Lo malo es que tienen razón: cada vez menos participantes forman pareja, y hoy son pocas las que siguen unidas. Deberíamos… demostrar que Cupido sí acude a cada una de las citas. Pero ¿cómo?

Rosa, lo de las entrevistas lo tenía en mente para darle vidilla al evento durante las semanas previas.

Rosa 09:17

OK. ¿Demostrar que Cupido está de nuestra parte? Querida, ¿te has dado un golpe?

Fabio 09:17

Ana, se te ha ido la pinza.

Pepi 09:18

Nada de dar explicaciones. ¡Se me ha ocurrido una idea! Nos vemos a las seis en punto en la asociación. Mantened la mente abierta; sé cómo salir de esta.

Héctor 09:18

Allí estaré.

Fabio 09:19

OK.

Rosa 09:19

¡Eres la mejor!

Ana 09:20

¡Genial!

2

El Rincón Gatuno se encuentra a solo tres calles de mi piso; con un poco de suerte, podría escabullirme de la reunión cuando Rosa se ausente para ir a buscar a sus hijas a la extraescolar de música. Alegaré que voy al médico, o a por cafés, con mi mejor cara. Mmm…, imposible. Ninguno de mis compañeros ha dicho ni media; no obstante, soy consciente de que el color ha abandonado mi tez y que mi pierna derecha no deja de menearse hacia los lados.

«Genial», fue mi respuesta exacta cuando Pepi afirmó que tenía la solución a nuestros problemas. Pero ¡esta vez se le ha ido bien la cabeza! Desde que ha compartido su gran idea, Fabio alterna la vista entre Héctor y yo, con la boca abierta; Rosa, entusiasmada, asegura que debemos elaborar una base sólida, y Héctor… Héctor respira tan fuerte que, incluso a dos sillas de distancia, escucho cómo inhala y expulsa el aire. Juraría que no le quita el ojo de encima a su madre. Puede que en menos de dos segundos explote, pero es solo una impresión. Su comportamiento resulta tan raro que adivinar lo que pasa por su mente equivaldría a comprar un boleto para la lotería en el último minuto y acertar.

—Fuera. Todos, menos Ana.

¡Ostras! Me hubiese tocado. En cuanto termine aquí, me paso por el estanco.

Mis tres compañeros abandonan la sala de reuniones/taller/biblioteca/minicocina sin objeción. Fabio me da un apretón en el hombro; Rosa guiña un ojo a Héctor, para después hacer lo propio conmigo.

—Pensadlo bien, es nuestra única salida —augura Pepi antes de desaparecer.

El silencio solo se ve enturbiado por una respiración más pausada de Héctor. Mis ojos permanecen fijos en el calendario de gatitos que cuelga de la pared, junto a la pizarra magnética. Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta segundos. Dos minutos. Tres minutos. He ido a parar al infierno.

—¿Qué opinas? —Héctor acerca su silla hasta quedar frente a mí—. ¿Podría funcionar?

Elevo la cara para enfrentarlo. Espera paciente una respuesta sentado en la misma postura despreocupada de siempre, esa con la que parece que cada puñetero rincón del universo sea suyo. Pues que se lo tome con tranquilidad, que mi lengua está bajo cero.

Me llevo las manos a las mejillas y las froto. Un poco de calor, ¡joder!

—No sé si lo tuyo con Víctor va en serio o no. Podría suponer un problema.

¿Un *problema*? Qué sobrado es, Virgencita.

Niego con la cabeza. Ni se inmuta. Bajo los párpados unos segundos, me concentro y:

—Nadie creerá semejante fantasía —afirmo, con una vehemencia que no vi venir.

—¿Das por hecho que podemos hacerles creer que Cupido afila sus flechas para el evento, pero no que tú y yo seamos pareja?

Su tono. Ese maldito tono que utiliza cuando da el último vistazo a mis artículos, y que rezuma suficiencia, autoridad y una pizca de «¿esto es lo mejor que sabes hacer?», me repatea los higadillos.

—Jamás hemos compartido una sola actividad fuera de las estrictamente relacionadas con la asociación, ni siquiera somos amigos, ¿cómo pretendes engañar a los vecinos? De sobra saben que tú no eres la clase de chico en que suelo fijarme. Lo mismo se podría decir de mí, yo no… No. En absoluto. A tu madre se le ha ido

la olla. Lo siento. Alguien tiene que manifestarlo en voz alta. —Lo suelto de carrerilla, con una voz aflautada que vergüenza me da.

Diez, veinte, treinta, cuarenta segundos. Me mata, su actitud me mata.

—¿Se te ocurre otra solución?

Ahora soy yo la que deja pasar el tiempo sin abrir la boca.

—Repito, ¿podría funcionar?

No. Ni de coña.

Pero como soy una sentimental de libro, dejar a los abuelos sin su momento de gloria trimestral me puede. Vaya asco de compañeros; entre todos han conseguido que yo sea la única responsable si el evento se va al garete, y todo por mi falta de ganas de hacer un teatrillo del bueno.

—Apenas nos conocemos, Héctor. Nos descubrirán y será mucho peor el remedio que la enfermedad. No se me ocurre…

—Eso tiene fácil arreglo —me corta—. Con una base sólida, como dice Rosa, y que nos vean juntos por el barrio será suficiente. Esta noche perfilamos la historia por WhatsApp. Encárgate de Víctor.

—Se levanta—. Serán cuatro meses; después volveremos a nuestras vidas.

—¿Cuatro meses? —Me incorporo de un salto.

—Ana, ¿en qué momento has desconectado?

—Mi cerebro se ha fundido cuando tu madre ha propuesto que nos hagamos pasar por pareja.

—Pues deben ser cuatro meses.

—Ah.

—Me voy, llego tarde al entreno. Quizá el próximo día podrías ir a verme.

No. No. No. Debo preservar un mínimo de control. Y de dignidad, dicho sea de paso.

—¡Alto ahí! —Sujeto a Héctor por el bajo de la camiseta—. Siéntate. Hay que establecer unas líneas rojas.

Héctor regresa a su posición en la silla. Parece que mi propuesta le ha hecho gracia, porque juraría que reprime una carcajada, aunque sus mejillas hundidas, que remarcan sus hoyuelos, dan el cante.

Levanta la mano para concederme el turno de palabra.

«Ana, tú puedes con lo que te echen», digo para mis adentros mientras doy un repaso rápido en mi cabeza a las novelas y películas románticas sobre parejas falsas, para crear mi propia lista de normas. Me centro en las más típicas y añado las que, bajo ningún concepto, me saltaría con Héctor. Voy a por papel y bolígrafo y me siento ante el escritorio.

—Acércate. No creo que se vayan a dar la mayoría de las situaciones, pero más vale dejarlo cristalino desde un inicio, ¿estamos?

—Sí.

Cuando empiezo a enumerar, Héctor se inclina sobre el folio, aproximándose en exceso. ¿Debería incluir un espacio vital mínimo? Sería estúpido, supongo. No me detengo; si levanto la cara para averiguar qué opina, capaz que me muero de la vergüenza.

¡Hecho! Suelto el bolígrafo, que me arde entre los dedos.

—¿Quieres añadir algún punto? —se me ocurre, demasiado tarde, la verdad, ya que no he dejado espacio para ello—. Podemos hacer un anexo.

Me mira. Uno, dos, tres; la madre que lo trajo. Coge el contrato y lo revisa con suma lentitud.

—Está perfecto. ¿Firmamos?

Contrato de relación falsa:

El presente contrato establece un acuerdo mutuo entre: Héctor Garrido, en adelante Parte A, y Ana Gómez, en adelante Parte B.

Ambas partes deciden instaurar una relación sentimental ficticia con el propósito acordado previamente entre las dos. Para mantener claridad emocional y proteger intereses personales, las siguientes reglas, o «líneas rojas», son obligatorias:

1. No involucrar sentimientos.
2. Nada de citas o planes en días especiales, como cumpleaños, aniversarios, Navidad…
3. Nada de comidas familiares; (nos excusaremos con que queremos ir despacio).
4. Prohibidas las muestras de afecto espontáneas: solo manifestaciones preacordadas.
5. No usar apelativos románticos, solo nombres propios.
6. No revelar informaciones íntimas del otro.

7. En caso de que surja la necesidad de besarse, será en la mejilla. Y nunca cuando no haya público.
8. Prohibido subir fotos de los dos juntos, o del otro, en redes sociales.
9. Nada de acercamiento físico, como darse la mano, fuera del acuerdo original, a menos que lo convengan explícitamente ambas partes.
10. Bajo ningún concepto las partes pasarán la noche juntas.
11. Prohibido decir «te quiero» o expresiones similares, aunque sea en broma.
12. Este contrato tiene una vigencia de cuatro meses a partir de la fecha de firma.
13. Solo las partes conocerán la existencia de dicho contrato.

¡Hasta aquí el inicio de *Un error con patas*! Ana y Héctor, y su relación falsa, llegan el 15 de enero de 2026. ¿Qué imaginas que podría salir mal?

Consíguelo en preventa y el día 15 de enero se descargará en tu Kindle. Clica aquí.

Todas las historias de la Serie Errores son independientes, auto conclusivas y se pueden leer en el orden que quieras:

Libro 1: Conectados por error. Comedia romántica entre dos desconocidos por correo electrónicos.

Libro 2: Un mensaje por error. Rom-Com de *friends to lovers*, con bizcochos de limón y un grupo de WhatsApp al borde del colapso.

Libro 3: Un error con patas. Una comedia chispeante, con un gato sabio y un buen surtido de vecinos chismosos.

Nos leemos pronto, un abrazo,

Tessa